



Soy:

Soy **loqueleg**

loqueleg

Flor de Luna y el centavo de oro

Título original: *Moon Blossom And The Golden Penny*

© Del texto y las ilustraciones: Louis Slobodkin, 1958

© De la traducción: Virginia López-Ballesteros, 2019

2019, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

Publicado originalmente por The Vanguard Press, U.S.A.

ISBN: 978-958-5444-59-1

Impreso en Colombia por Nomos Impresores.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Flor de Luna y el centavo de oro

Louis Slobodkin

FLOR DE LUNA Y



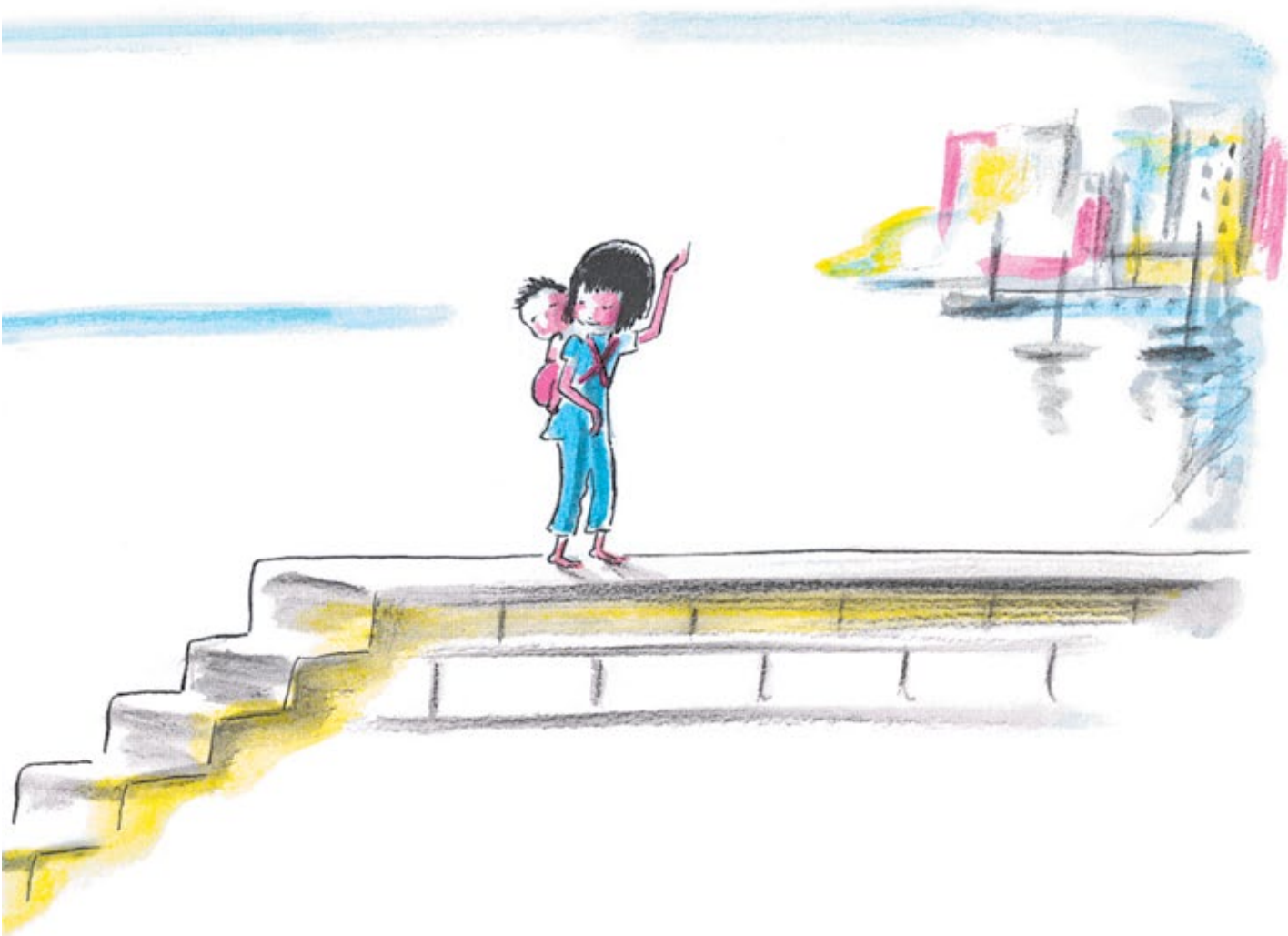
EL CENTAVO DE ORO

Louis Slobodkin

Traducción de Virginia López-Ballesteros

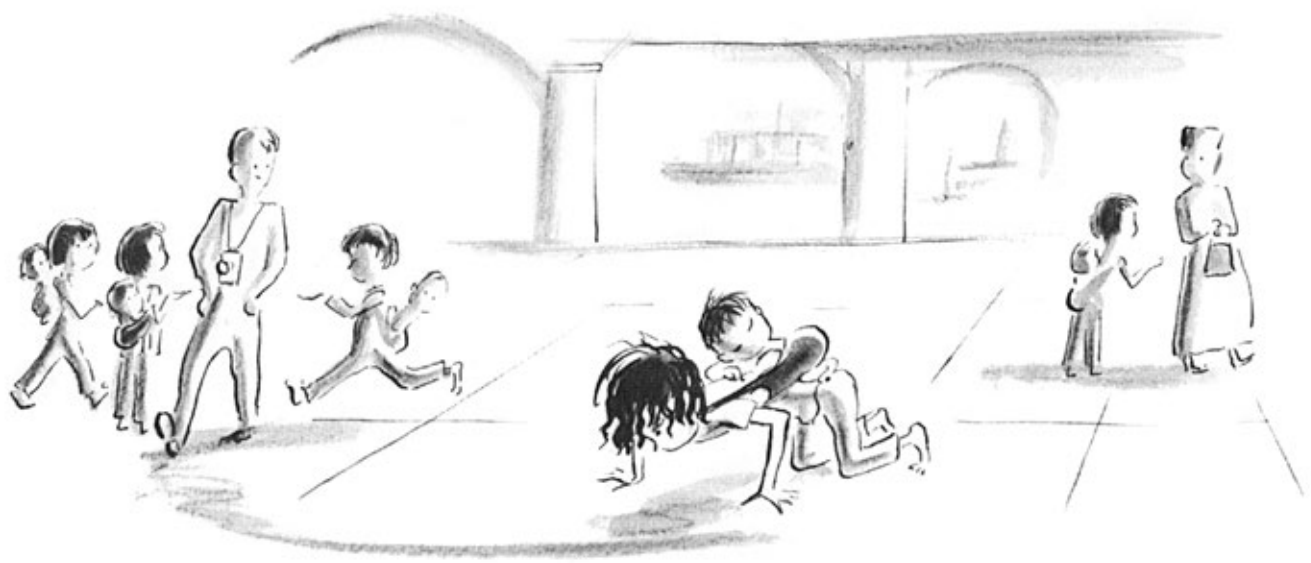
loqueleg





Flor de Luna vivía con su madre y sus tres hermanitos en un pequeño barco en el puerto de Hong Kong. El pequeño barco era un sampán, y sus tres hermanos se llamaban Pequeño Tigre, Pequeño León y Pequeño Cerdo. Pequeño Cerdo era el bebé.

Eran muy pobres. Durante el día, la madre de Flor de Luna se ganaba algunos centavos llevando a gente en el sampán de Hong Kong a Kowloon. Dos de los hermanos de Flor de Luna, Pequeño Tigre y Pequeño León, ayudaban a remar a su mamá. Flor de Luna cuidaba del bebé, Pequeño Cerdo, e intentaba ganarse algunos centavos por las calles de Hong Kong o de Kowloon.



Todas las mañanas, ataba a Pequeño Cerdo a su espalda antes de bajarse del sampán. Cuando su hermanito lloraba, lo balanceaba en su espalda hasta que se quedaba dormido. No tenía que hacerlo a menudo pues era un bebé muy bueno y solía dormirse solo.

Muchas otras niñas también cuidaban de sus hermanitos o hermanitas bebé de la misma manera. Y también ellas intentaban conseguir algunos centavos por las calles. Pero ellas mendigaban las monedas. Tendían la mano, implorando limosna a todo el que pasaba.

Flor de Luna no mendigaba monedas.

Intentaba ganárselas haciendo algún trabajo. Si veía a alguien cargando algo pesado, se ofrecía a ayudarlo. Algunas veces hacía mandados.



Y al final del día, Flor de Luna solía llevarle uno o dos centavos a su pobre mamá.

Por la tarde, justo antes de ponerse el sol, era el mejor momento del día para Flor de Luna y sus tres hermanos. Mientras su madre preparaba la escasa comida, jugaban en el sampán. Flor de Luna hacía un columpio con una cuerda vieja y se balanceaban por turnos. Algunas veces se divertían jugando o cantando. Sí, esa era sin duda la mejor parte del día, justo antes de la comida.





Un día, caminando por la calle junto al puerto de Kowloon, Flor de Luna vio a una mujer muy vieja llevando un bulto muy grande. Flor de Luna corrió hacia ella e intentó coger el bulto.

—¿Puedo ayudarla?... Soy fuerte —dijo Flor de Luna.

—¡Fuera, fuera!... ¡Deja mi paquete! —gritó la anciana— ¡Vete, ladrona!... ¡Lárgate, pordiosera!

—No soy una ladrona y tampoco una pordiosera. Solo intento ayudarla —dijo Flor de Luna—. Le llevaré el paquete adonde usted me diga... por un centavo.

—¡No, no, no! ¡Vete ya! —dijo la mujer. Luego se detuvo—. ¿Qué dijiste? ¿Que llevarás este paquete adonde yo te diga... por un centavo?

—Sí —contestó en seguida Flor de Luna.

—Un centavo es demasiado —dijo la anciana—. Pero si me ayudas a llevarlo hasta el puerto, te daré otra cosa... Este bulto pesa demasiado para mí.

Flor de Luna agarró el bulto. La anciana se sujetó a la cuerda que lo amarraba. El bulto pesaba bastante pero no demasiado para Flor de Luna.



Cuando llegaron al puerto, la anciana dijo:
—Ahora tengo que cruzar hasta Hong Kong.
—Le llevaré su paquete hasta el gran ferri —dijo Flor de Luna.
—¡No, no! El ferri está lleno de ladrones, bandidos y atracadores
—gritó la anciana—. Tengo que tomar un barco en el que solo vayamos
mi bulto y yo.



—Oh, yo sé dónde encontrar exactamente lo que busca —dijo Flor de Luna—. Por favor, espéreme aquí.

Flor de Luna corrió hasta encontrar el sampán de su madre. Unos minutos después estaba de regreso.

—He encontrado un barco que la llevará a Hong Kong a usted sola con su paquete —dijo.

—¿Estás segura de que no hay ladrones o atracadores en ese barco? —preguntó la anciana.

—Segurísima. Es el barco de mi mamá... Y con ella solo están mis dos hermanitos. No son ladrones ni atracadores —dijo Flor de Luna.

—Bueno, ya veremos... ya veremos —dijo la anciana.

Al poco tiempo, la madre de Flor de Luna y sus hermanos llegaron remando adonde estaban Flor de Luna y la anciana.



Con mucho cuidado, ayudaron a la mujer a subirse al sampán con su paquete. La vieja pesaba mucho para ser tan delgada. Después remaron hasta el puerto de Hong Kong. Durante todo el trayecto, la anciana estuvo sujetando fuerte la cuerda que ataba el bulto. No dijo una sola palabra. Pero sus ojos de lince lo veían todo, los observaba a ellos y también miraba lo que sucedía fuera del barco.

Cuando llegaron a su destino, la mujer preguntó a la madre de Flor de Luna: —¿Cuánto le debo?

